Roberto Murillo

Tu ladrón

Te quedaste encerrado entre el portón de tu cochera y la puerta de tu casa, pues olvidaste tus llaves, o te robaron el llavero. Vives tras tus propias rejas y esperas en vano tu indulto. Te despiertas de tu sueño ligero en la noche silenciosa y aguardas la llegada de tu ladrón, su próxima llegada. No desesperes. Se acerca tu turno, pues el servicio del gremio es cada día más extenso y eficiente. Quizá no llegue el cartero, ni el policía, ni la servidora doméstica, ni el "afilador paragüero", porque tu régimen social demócrata no tiene valencias libres para dichos menesteres. Pero el ladrón te aliviará del peso de los artículos suntuarios que has venido comprando, y que pagas cada mes.

La sociedad moderna espera mucho de ti, ¡oh hombre de la clase media! Espera que trabajes, o lo que es más importante, que hagas acto de presencia en tu trabajo, que demuestres la importancia de tu presencia. Y espera mucho de ti, mujer casada de la clase media, que cuidas tus hijos, haces el trabajo doméstico de cada día y vas a trabajar fuera. Espera que renuncies a tus artículos suntuarios y a tus aparatos eléctricos, pues tú eres una heroína que debe hacer lo apuntado, sin dejar sola tu casa, pues tú debes esperar a tu ladrón.

Hombre o mujer de la clase media, ni capitalista ni proletario, orgullo de Costa Rica, encarnación del Estado: el Estado costarricense te ha cedido a ti, a tu individualidad desbordante, su más irrenunciable función, su tuétano, su mínima expresión. El Estado te ha delegado la tarea de tu propia seguridad. Ha rescindido el contrato social, y te ha desnudado en la naturaleza. Sé el más fuerte, el más rápido, el más astuto, y sobrevive entonces. Tu ladrón duerme mientras tú trabajas. Vela tú mientras él trabaja.

Si te organizas para defender tu seguridad, pronto sospecharemos que tu agrupación es fascista. El Estado no puede ver con buenos ojos ningún conato que intente restablecer el contrato social. El Estado odia una cosa por sobre todas las otras: que se le vea como *Estado policía*. Ese concepto del liberalismo —¡cuántas veces te lo hemos dictado y pedido en exámenes!— ya ha sido superado. Nuestro estado vela por tu salud, te lleva en sus ferrocarriles, te ayuda a construir tu casa, te brinda el teléfono, te da su enseñanza, sí, pero a cambio de ello, te pide una cosa: defiéndete, duerme con un ojo abierto y otro cerrado, compra un perro, pon alarmas, cómprate un buen revólver, tira al blanco, no seas flojo, juégatela.

Haces el ridículo recordando los tiempos de León Cortés, con las rondas a caballo, y un policía en la esquina, uniformado de azul, aquellos tiempos de la prohibición de portar armas de fuego. Es un absurdo concepto insular de Costa Rica. Ahora que no hay ejército, damos entrenamiento militar a la guardia civil, pero mucho dudamos en eso de dar formación a la policía.

Estudia a tu ladrón. ¿Qué causas biológicas, sicológicas o sociológicas lo habrán inclinado y hasta determinado a robar? No le toca a él comprenderte a ti, sino tú eres quien debe comprenderlo a él. Al fin, su oficio no está cubierto por ningún seguro, regulado por ningún impuesto ni hay institución autónoma alguna dispuesta a asumir su monopolio y convertir al aligero en empleado de cuello blanco. No te quejes de la libertad con que se desenvuelve tu ladrón. La suya es la única profesión liberal. Pero se trata de una pura libertad formal, sin muchas posibilidades de convertirse en libertad real, que llaman algunos, ni en burocracia autosuficiente. Tu ladrón te sigue necesitando. Hazte útil.